

## HEMORROISA.

(LA)

*Mulier, que sanguinis fluxum patiebatur... tetigit fimbriam vestimenti ejus.*

Una mujer, que padecía un flujo de sangre... tocó el ruedo de su vestido.

(MATH. IX, 20.)

A la sazón en que Jesucristo estaba junto al mar de Tiberiades, enseñando al pueblo, rogóle Jairo, príncipe de la sinagoga de Cafarnaum, que fuese á curar á su hija única; entónces el Salvador se dirigió á este pueblo, y en el camino obró el milagro, de que voy á hablaros. Vivía en la comarca de Cafarnaum una infeliz mujer, que había padecido por espacio de doce años, y padecía todavía, un obstinado flujo de sangre. Para colmo de desventura, había gastado toda su hacienda. Una multitud de médicos, llamados á curarla, habíánla sometido, como sucede generalmente, á medicamentos más incómodos y más dolorosos que la misma enfermedad, y la habían reducido á la miseria. ¡Si á lo ménos hubiera alcanzado algun alivio! Pero le había acontecido todo lo contrario. Los médicos que se habían sucedido en esta curación, en un principio, se la habían dado por cosa fácil; mas, al fin, ninguno de ellos había podido curarla; y léjos de haber experimentado la paciente el menor alivio, despues de una cura tan larga, lo pasaba peor. Abandonada, pues, como incurable, porque no tenía ya que gastar, y privada de todos los remedios humanos, pensó recurrir á los divinos; y habiendo oido hablar mucho de Jesucristo y de sus milagros, creyó firmemente que solo él podía curarla. Acercóse pues á él, tocó el ruedo de su vestido, y al instante recobró una salud perfecta. Meditemos hoy, hermanos míos, este prodigio, á fin de que, aprendiendo como se llega al corazón de Jesucristo, se digne él derramar en el nuestro las riquezas de su amor, que ha prometido á las almas rectas y sinceras. Pidámosle ántes el auxilio de la gracia por la intercesión de la Virgen Santísima. A. M.

1. La ley prohibía, bajo penas muy severas, á las mujeres acometidas de la enfermedad que padecía la hemorroisa, entrar en las

ciudades ó dejarse ver en poblado, y por eso esta infeliz habitaba en campo raso. Pero cuando se hallaba doblemente afligida por la enfermedad, de cuya curación le habían hecho los médicos desesperar, y por la imposibilidad de acercarse al Médico divino, que era el único que podía curarla, ve un día, desde léjos, venir una gran multitud de gente, y oye que entre ellos venia Jesucristo. A esta noticia deja su habitación, se presenta en el camino, y espera á que pase el Señor por allí. Entre tanto, mirando atentamente á lo léjos, lo distingue entre la turba por su estatura esbelta, por su frente majestuosa, por su mirada divina, y por su semblante divino, miéntras que una voz secreta le dice en lo íntimo del alma: «Ese es Dios.» A esta vista y á esta voz, siente palpar su corazón de esperanza en el divino Médico, y solo piensa en el modo de pedir la gracia, no dudando un momento de obtenerla. Agitada y afligida, audaz y tímida, humilde y franca á un tiempo mismo, se adelanta unas veces, y otras retrocede: penetra por medio de la turba que sigue al Señor, hace poderosos esfuerzos por acercarse á Jesús; pero se avergüenza de sí misma, como inmunda, y se cree indigna de presentarse cara á cara. ¿Qué hará pues? ¿Qué es lo que espera? Oídlo. Ella ha dicho entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. ¡Oh feliz pensamiento de esta mujer afortunada! No se sabe que admirar más, si la humildad ó la fé de esta mujer. Su humildad es verdaderamente profunda y heróica. Ella ha resuelto tocar el vestido del Salvador, porque se cree indigna de tocar tan siquiera los piés de Jesucristo. Y notad, que aún del vestido mismo del Señor no se atreve á tocar la parte superior, sino solamente la orla exterior: ¡tan humilde es el concepto que tiene formado de sí misma!

Y ¿qué diremos de su fé? Ella es el contraste y la censura de la fé de los judíos. Jairo cree que Jesucristo no puede curar su hija si no va á su casa y la toma por la mano. Esta mujer, al contrario, piensa que solo con tocar el vestido de Jesucristo, sin que Jesucristo haga ni diga nada, y aún sin que lo advierta, quedará al instante curada; y no solo lo piensa, sino que lo cree; no solo lo espera, sino que está segura de ello. Una confianza tan viva no podía engañarla; como lo creyó, así aconteció. Apenas, inclinándose y extendiendo el brazo al través de la multitud, logró tocar la extremidad de los vestidos del Salvador, el manantial de sangre se le secó; y como tocada por una mano invisible, percibió en su cuerpo que ya estaba curada de su enfermedad.

¡Cuán magnífico y cuán bello es este portento del Señor! ¡Cuán espléndida es esta prueba de su divinidad! Y ¿quién otro, sino Dios,

podia tener misericordia de esta mujer, que no se habia dejado ver, oirla, sin que hubiese hablado, y curarla secretamente? Al tomar el Verbo eterno la fragilidad de nuestra carne para cumplir en ella nuestra redencion, no desvirtuó la eficacia de su divino poder; así como el Dios Criador comunicó al iman la virtud de atraer el hierro, así el Dios Redentor dió á sus vestidos la virtud de ahuyentar todas las enfermedades, y de curar á aquellos que con una fé viva los tocaban.

Calvino, poseido de odio contra la adorable persona de Jesucristo, y deseoso siempre de envilecer sus misterios y oscurecer su divinidad, pronunció la blasfemia, de que la hemorroisa se mostró una mujer supersticiosa, atribuyendo una virtud divina á los vestidos del Hijo de Dios. ¿No es necesario haber perdido, con la fé de cristiano, el uso de la razon, para acusar como supersticioso un acto sublime de religion, que el mismo Jesucristo confirmó con un milagro, y ensalzó con un gran panegírico? Pero ¿quereis saber por qué la fé de esta mujer disgustó tanto á Calvino? Porque ella suministró á la Iglesia católica un magnífico argumento en favor de la virtud y de la eficacia de las sagradas reliquias, y del culto que les es debido, supuesto que los vestidos de Jesucristo eran una santa y augusta reliquia. ¡Oh vosotros, católicos, que sólo teneis el nombre de tales! Aprended de aquí, que cuando os levantaiis en orgullosos censores, para condenar la veneracion que las almas piadosas manifiestan á las sagradas reliquias, y la confianza que tienen en los santos, sois, sin saberlo, el eco de los heresiarcas, que desprecian y escarnecen los cuerpos de los santos, que fué habitacion de almas excelsas y divinas, purificadas por el martirio ó por la penitencia. Pero dejemos á estos censores que nos acusen de supersticiosos, porque veneramos los preciosos restos de los grandes amigos de Dios. ¡Feliz supersticion, sin duda, que obtiene milagros, que confirma en la fé, y que alimenta á la piedad!

Mas este acto de fé y de religion de la hemorroisa, coronado con tan magnífico milagro, no debia permanecer oculto. Y ved aquí que, para confusion de los judíos presentes y para enseñanza de nosotros los cristianos, el mismo Jesucristo lo hace publicar por la misma mujer que lo habia practicado. Porque, tan luego como la virtud divina de sus vestidos curó á la enferma, con un semblante sério y apacible á un tiempo mismo, comenzó á decir á la turba que lo rodeaba: «Alguno de vosotros se me ha acercado, y ha tocado mi vestido. Yo quiero saber por él mismo quién ha sido.» Pero, como todos los circunstantes se excusasen de haber hecho tal cosa, Pedro se acerca, y con su natural sencillez y franqueza, responde: Maestro,

¿qué estás diciendo? Un tropel de gentes te comprime y sofoca, ¿y preguntas quién te ha tocado? Te digo, Pedro, replica el Señor, alguno me ha tocado de propósito, pues yo he sentido salir de mí cierta virtud, y te repito, que quiero saber quién ha sido. Y diciendo esto, andaba buscando con la vista á su alrededor la mujer que habia tocado su vestido. Entónces la mujer, que sabia que se habia obrado en ella el milagro, dijo entre sí: «¡Pobre de mí, me ha descubierto!» Y se puso á temblar de miedo. Mas, viendo que era inútil ocultarse ó negar, se acerca á Jesucristo, y postrándose á sus piés, le dice: Señor, supuesto que quieres saberlo, yo he sido quien ha tocado la orla de tu vestido. Y no se avergonzó de confesar, en presencia de todo el pueblo, la degradante enfermedad que por tantos años la habia afligido, la confianza que tuvo de curar con solo tocar el vestido del Señor, y como habia curado al momento. Mas ¿por qué quiso el Señor obligar á esta piadosa mujer á que publicase, con tanta confusion suya y con tanto temor, su enfermedad, y la curacion que habia recibido? El piadoso Jesús no quiso con esto humillarla, sino consolarla, librándola del temor que la agitaba por haberle robado, por decirlo así, el milagro. Además, exigió de ella una confesion pública, para que fuese una prueba de que Jesucristo todo lo conoce y todo lo puede, y para que por esta admirable confesion se hiciese pública la fé humilde y confiada de esta mujer, á fin de que los apóstoles y todos los cristianos pudiesen imitarla. Y cuando consiguió estos efectos preciosos, á los que habia ordenado su sabiduria tan bello prodigio, se volvió el Señor á la hemorroisa, que estaba á sus piés medrosa y temblando, y con el acento de la bondad y de la dulzura, le dijo: Hija, no temas que yo te reconvenga por una fé que he recompensado con un milagro. Vete pues en paz, queda libre para siempre de tu mal. ¡Oh palabras! ¡Oh promesas! ¡Cuán dulces, cuán tiernas y cuán amorosas sois! ¡Oh cuán bueno y cuán dulce es el Señor para las almas rectas y sinceras! Jesucristo no solo confirmó á la hemorroisa la gracia de la curacion, sino que elogió su fé, la ensalzó ante el mismo pueblo que la habia visto humillada, y le dió la paz del corazón consigo misma y con Dios.

2. Mas, del sentido literal de esta tierna historia, levantemos nuestro pensamiento á su sentido alegórico y moral, detengámonos á considerar los sublimes misterios y las sólidas enseñanzas que en ella se contienen. La hemorroisa, padeciendo el flujo de sangre, enfermedad impura, significa la idolatría, con sus ritos sanguinarios é impuros y con la corrupcion de los vicios carnales. Esta es la razon porque el evangelista S. Juan, á los que no son hijos de Dios, los

llama hijos de la carne y de la sangre: *Et sanguinibus et ex voluntate carnis* (JOANN. I). Y como por la impureza de su enfermedad estaba excluida esta mujer de poblado y de toda humana sociedad, hasta el punto de verse obligada á recurrir á Jesucristo, en medio del camino, expresó enérgicamente la miserable condicion de los gentiles, que, por su antigua inclinacion á los deleites carnales, eran excluidos, como inmundos, de la congregacion de los fieles adoradores de Dios, y que, habiendo oido que el Verbo eterno de Dios habia venido á salvar la Judea, se le acercaron y tocaron su vestido, como para arrebatarle de las manos la salvacion.

Los médicos ignorantes ó impostores, por cuyos consejos habia consumido la hemorroisa toda su hacienda, significan los falsos teólogos, los embaucadores astutos, y los filósofos orgullosos del paganismo, por cuyos consejos la pobre gentilidad habia consumido todo su ingenio, sin haber podido la desventurada conseguir la salud de su alma que buscaba. Las lecciones que los filósofos daban como remedios infalibles, no eran, en realidad, mas que ciencias vanas y ridiculas poesías; y los gentiles perdieron todo su estudio y todo su trabajo en escucharlos. ¡ Oh, y cuántas disputas suscitaron los filósofos respecto al alma! Pero así como las discusiones de los médicos matan el cuerpo, en vez de curarlo, de la misma manera las discusiones de los filósofos no hacian otra cosa, que agravar la triste condicion de las almas, en vez de curarlas de todos sus vicios. La hemorroisa no se presentó ante el Señor, sino que se acercó á él, y le siguió. Ahora bien, acercarse de esta suerte á Jesucristo, significa imitarlo, acompañarlo, y seguirlo: retrata á los gentiles, que despues que Jesucristo subió al cielo le siguieron, creyendo en él, y dedicándose á él.

La hemorroisa fué curada con el sólo contacto, no de las carnes, sino de la orla del vestido del Señor. Pues así como los vestidos de Jesucristo son la Encarnacion, por la cual la persona divina del Verbo se vistió de nuestra humanidad; así tambien la orla de sus vestidos indica los dogmas de la fé, que dependen de su Encarnacion. Esta mujer, pues, que toca solo la extremidad del vestido del Salvador, es la Iglesia de los gentiles, que, sin haber visto al Salvador en su carne mortal, sino escuchando á sus apóstoles, tocó, por decirlo así, el misterio de la Encarnacion, creyéndolo, bajo la palabra de los apóstoles. Observad cuán significativa es tambien la circunstancia de que la hemorroisa, sin ser vista de Jesucristo, fué curada por él; y que buscada por él de léjos, fué curada como presente: no vió al Señor, y, sin embargo, experimentó su virtud divina: de la propia manera, nosotros los gentiles, buscados de léjos de Jesucristo, por medio de

sus apóstoles, hemos sido curados como si el Señor hubiese estado entre nosotros.

Finalmente, Jesucristo, que se vuelve á mirar á la hemorroisa con ojos de piedad, es Jesucristo que, desde entónces, quiso darnos una muestra de la ternura con que habia de mirar á la Iglesia y á las almas verdaderamente fieles, que son el ornamento y la gloria de la Iglesia. Jesucristo, al mirar á aquella mujer con tanta bondad, le dá el amoroso título de hija, porque la fé viva en su divinidad la habia hecho verdaderamente hija de Dios. Y la Iglesia de los gentiles, por el mérito de su fé, es tambien llamada hija, que con la belleza de su virtud embelesa y recrea la vista y el corazon del Rey de los cielos.

La Iglesia es la muchedumbre de los fieles unidos por la profesion de una misma fé, y por la participacion de unos mismos sacramentos, bajo la direccion de los legítimos pastores que la gobiernan. Así, pues, al honor y á la dicha que le cupo hoy á la hemorroisa de ser llamada por Jesucristo *hija*, y de ser curada por él con unas señales tan expresivas de ternura y de bondad, podemos aspirar tambien nosotros, supuesto que hemos sido representados en ella. Mas ¿con qué condiciones podremos alcanzar semejante gloria? Con las condiciones mismas con que ella la alcanzó. De ella dice el Evangelio que *creyó, dijo y tocó*. Ved aquí, pues, lo que debemos practicar tambien nosotros. El verdadero cristiano es aquel que *cree* con el corazon, *confiesa* con la boca, y *cumple* con las obras la fé y la ley de Jesucristo. Por consiguiente, á estas tres palabras, *creer, decir, y obrar*, está vinculada la curacion del alma y la consecucion de la salvacion eterna. Y así como la fé no nos salva sin las obras, así tampoco las obras exteriores y la profesion externa del cristianismo no nos salvan, sin el espíritu interior de una fé humilde, sincera y fervorosa. ¡ Oh magnífico misterio! dice S. Agustin (SERM. VI DE VERB. DOM.); mientras que tanta gente tocaba corporalmente al Señor, sólo la hemorroisa lo tocó espiritualmente con su fé. Jesucristo era comprimido y estrechado por la turba; muchos tocaban, no solo sus vestidos, sino tambien su sagrada persona. Sin embargo, el Señor no dijo de ninguno de ellos que lo hubiese tocado, y pasó por medio de los que le comprimian como si ninguno se le hubiera acercado. Mas apenas aquella tocó la orla de su vestido, lo advierte al instante, y exclama: «¿Quién me ha tocado?» Como si dijera: «Estas turbas me comprimen, mas no me tocan. Yo busco á la persona que con su fé ha tocado mi corazon, y no á la que con su cuerpo ha tocado el mio; porque la carne no hace más que oprimir; solo la fé toca mi persona.»

Lo mismo acontece al presente á Jesucristo; la turba de muchos

lo comprime; pero solo lo toca la fé de algunos pocos. Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen, y, segun la expresion de S. Lucas, lo afligen y lo molestan: *Turbæ te opprimunt et affligunt*; los conventículos de los judíos, las reuniones de los herejes, que se llaman cristianos, y que no quieren saber nada de la verdadera fé y de la verdadera ley de Jesucristo.

Son turbas que, sin tocar al Señor, lo comprimen y lo molestan, mucho más que los mismos herejes, la multitud de malos católicos, que dicen creer en la verdadera fé de Jesucristo, y que, entre tanto, ni con sus palabras ni con su conducta dan señales de ser cristianos.

Finalmente, son turbas que comprimen y afligen á Jesucristo, esas turbas de cristianos, que, atraídas por la novedad, por la melodia de la música ó por el atractivo de torpes pasiones, entran alguna vez en los sagrados templos, sin saludar siquiera á Dios. ¡Ay! Son pocas las almas que, como la hemorroisa, tocan y honran con su fé el cuerpo del Señor, siendo hoy mucho más numerosas que nunca las turbas de los que lo comprimen y afligen. ¡Oh turbas desdichadas! las cuales, así como al presente son un peso á la misericordia del Señor, así tambien sufrirán un dia todo el peso de su justicia; y si ahora son molestas y enojosas para Jesucristo, serán un dia arrojadas, oprimidas y afligidas por él.

Procuremos nosotros, hermanos míos, no ser del número de esos desdichados. Coloquémonos al lado de esas almas verdaderamente piadosas y fieles, que no por ser desconocidas, dejan de existir en número considerable, y que, á imitacion de la hemorroisa, caminan siempre en pos de Jesucristo, y mientras tocan exteriormente sus vestidos, con su ejemplar conducta, penetran hasta su alma con la sinceridad de su fé, con la humildad de su espíritu y con la pureza de su corazon. Nosotros tambien curaremos de nuestras enfermedades, y á la hora de la muerte se dirá á nuestra alma, como á aquella heroica mujer: Hija mia, nada tienes que temer. Grande, sincera y eficaz ha sido tu fé; ella te ha salvado en el tiempo, y ahora te salva en la eternidad. Así sea.

HEREJES, véase: IGLESIA (SUS CARACTÉRES).

## HERMOSURA.

*Non concupiscat pulchritudinem ejus cor tuum.*

No codicie tu corazon la hermosura de la mujer.

(Prov. vi, 25.)

El principal empeño del cristiano debe consistir en amar á su Criador. Amar á Dios, es el colmo de la sabiduria, la obra maestra de la gracia, el principio y fin de toda la ley, el gran negocio del tiempo y de la eternidad, la felicidad de los santos en el cielo, y la grandeza y la dicha del hombre sobre la tierra. Por el precepto del amor, empezó Dios á darse á conocer á las criaturas; y ño contento con haberle grabado en el fondo de nuestros corazones por la naturaleza, le grabó con su dedo en las tablas de la ley, y quiso, que todas sus obras cooperasen á inspirarnos el amor. Nosotros no amamos sino tomando por objeto la belleza y la bondad de las cosas; desde el momento que estamos en relacion con un objeto, le amamos indispensablemente, si en el objeto se encuentra la hermosura y la bondad. Queriendo, pues, el Señor, que le rindamos constantemente el tributo de nuestro amor, nos ha puesto á la vista algunos rasgos de su hermosura y bondad, en la magnificencia y en los atractivos de que ha dotado á las criaturas. En los cielos, ha extendido la inmensa bóveda de azul que encanta nuestros ojos, y ha suspendido esos globos de fuego que giran sobre nuestras cabezas; para que, calculando por su hermosura la del Criador, nuestra alma se elevase constantemente hácia él. Por igual motivo cubre los campos de doradas mieses, matiza los prados de flores, puebla el aire de encantadoras avecillas. Todo, en el vasto cuadro de la naturaleza, nos obliga á exclamar: Dios mio, si tan bellas son vuestras obras, si tan persuasivos son los atractivos que habeis dado á las criaturas para conmovier nuestro corazon, ¿podríamos ménos de admirar y amar vuestra hermosura, origen de toda belleza, y única que puede dejar satisfechos los deseos de nuestro corazon, y hacernos eternamente felices?

Hermanos míos, ya sabeis que este mundo no es nuestra verdadera patria, sino un lugar de destierro. A pesar de todas las maravillas